

Fue agradable ver que aquí están seguros

Entrevista a Michaela Moreno y Silvan Brühlmann

Michaela tiene 29 años. Estudió Comunicación Empresarial y antes del viaje trabajó en marketing para una organización sin ánimo de lucro y una biblioteca para ciegos. Su padre es originario de México y su madre es Suiza.

Silvan: es suizo de nacimiento y tiene 33 años. Es paramédico y antes completó la formación básica como poli-mecánico. Hasta el viaje, trabajaba para Schutz und Rettung en Zúrich.

Ambos estuvieron viajando por Sudamérica y Centroamérica desde enero de 2023 hasta diciembre de 2023. Comenzaron su viaje en Ecuador con un programa de voluntariado de tres meses. Allí enseñaron a niños indígenas. A continuación, Michaela y Silvan pasaron varios meses en Colombia y Brasil antes de viajar a México e iniciar su voluntariado en la Casa del Migrante en Oluta. La pareja recorrió México durante cuatro meses y finalmente terminó su viaje en el extranjero en Cuba.

De Zúrich a Méjico: ¿Qué ha motivado a dos jóvenes suizos a hacer un voluntariado en la casa-refugio de migrantes en Oluta, México?

Ambos tuvimos la suerte de descubrir países extranjeros con nuestras familias a una edad temprana. Antes y durante sus estudios, Michaela pasó varios meses viajando al extranjero. Silvan viajó varias veces a Sudamérica, Centroamérica y el Sudeste Asiático. También hizo dos prácticas como paramédico en Sudáfrica. Como amantes de los viajes, queríamos pasar juntos una temporada más larga en el extranjero. Como ya habíamos podido ver mucho mundo, esta vez no queríamos que fuera sólo un viaje para nosotros. El objetivo era realizar un trabajo al servicio de la humanidad y devolver así algo a la sociedad. Para encontrar un programa de voluntariado acreditado, primero preguntamos en la zona. Así nos pusimos en contacto con Beat Schmid. Trabaja para la organización AMCA desde hace varios años. Nos conocimos mejor en un encuentro personal y hablamos de la posibilidad de hacer un voluntariado en la casa de migrante. Interesados políticamente, ya estábamos bien informados sobre la situación de los refugiados antes del viaje. Consideramos muy valiosa e interesante la oportunidad de apoyar a una organización que ofrece protección a los refugiados. Así que rápidamente tuvimos claro que completaríamos el programa de voluntariado en Oluta.

Después de unos meses de voluntariado en contacto directo con personas migrantes, ¿qué experiencia o qué suceso recordáis que os haya causado mayor impacto?

Probablemente nunca olvidaremos a la primera persona que nos permitieron registrar como refugiado en la Casa del Migrante: José, de unos 45 años y natural de Salvador. Tuvo que huir de su país porque las bandas criminales le amenazaban. Su historia era similar a la de los demás: Un día, las bandas de adolescentes se presentaron en su puerta. Exigían dinero. Si no puedes pagar, tienes que huir o te asesinan. Para protegerse a sí mismo y a su familia, José pagó. No era rico, pero tenía unas cuantas gallinas y una pequeña casa. En algún momento se le acabó el poco dinero que tenía. Ni siquiera le alcanzaba para comer. Los delincuentes no tenían piedad. Si José no pagaba, lo matarían a él y a su familia. José salía de su casa de un día para otro, llevándose sólo lo estrictamente necesario. Escondía a su familia en casa de un conocido lejano. No tuvo tiempo de despedirse. Con los bolsillos casi vacíos, partió hacia el norte, sin saber exactamente lo que le esperaba allí. Recorrió gran parte del camino a pie. En su huida, fue víctima repetidas veces de funcionarios corruptos que también le exigían dinero hasta que se quedó sin nada. Con sólo la ropa que llevaba puesta, fue recogido como refugiado ilegal en México y finalmente llegó a Oluta.

La historia de José es una de tantas. Amenazas, pobreza, torturas y abusos: familias destrozadas, personas traumatizadas sin futuro, derechos ni posesiones. Las historias son malas. Muy malas. Y, sin embargo, es increíble cómo la gente se enfrenta a su destino. Cómo nunca pierden la esperanza de una vida mejor. Cómo agradecen cualquier tipo de ayuda. A menudo sólo necesitan un oído comprensivo. Sobre todo, los niños del hogar nos dejaron una impresión duradera. Muchos de ellos eran demasiado pequeños para comprender la gravedad de la situación. Pasamos mucho tiempo con ellos. Les enseñábamos, les comprábamos libros, pintábamos o hacíamos manualidades, organizábamos juegos o íbamos al campo de fútbol. Todos los días nos saludaban con una sonrisa en la cara y disfrutaban de nuestra presencia. Eso nos emocionó mucho.

Luiz: surgió una amistad especial con el cocinero del centro de refugiados, Luiz. Tenía un restaurante en Guatemala. Todo iba bien hasta que las bandas se presentaron en su casa y le exigieron dinero por protección. Cuando llegamos a Oluta, Luiz ya llevaba meses allí y estaba esperando su visado para México. Todos los días nos mimaba con su cocina. No tenía mucho tiempo para cocinar. Por eso era tan difícil satisfacer a todas las personas de diferentes culturas y hábitos alimentarios. Enseguida nos enamoramos de Luiz, una persona afectuosa y extrovertida. Por desgracia, en aquel momento no nos dimos cuenta de que le decíamos adiós para siempre. Murió de un tumor en el hospital poco después de nuestra partida. Nos preocupaba la incertidumbre de si hubiera sobrevivido con más dinero y mejor tratamiento médico. Probablemente lo habría hecho.

Said: Un grupo con un viaje especialmente impresionante a sus espaldas procedía de Afganistán. Said, un joven afgano de unos 20 años, nos contó en un inglés entrecortado que fueron perseguidos por los talibanes a causa de su fe cristiana. Tuvo que pasar un año en prisión bajo el régimen de terror hasta que una organización cristiana le ayudó a huir del país. Las atrocidades que vivió allí son inimaginables. Una vez que aterrizaron en Brasil en avión desde Pakistán, la mayoría de los afganos viajaron hacia el norte en autobús. Su destino era Estados Unidos, donde algunos de los refugiados tienen familiares. Tres meses después de nuestra partida, recibimos un mensaje de Said: había llegado a Estados Unidos y vivía con su tío. El resto de su familia sigue en Afganistán. Cada día corren

el riesgo de ser encarcelados y torturados por los talibanes por no ser creyentes. Pero Said lo ha conseguido y está a salvo. Eso nos hizo muy felices.

¿Qué funciones y qué tipo de apoyo habéis desarrollado en este tiempo?

Cuando llegamos a la Casa del Migrante, enseguida nos dimos cuenta de que había mucho que hacer y de que faltaba estructura y organización. No había suficientes empleados para atender las necesidades de los numerosos refugiados. Como personas polifacéticas que somos, enseguida nos pusimos en marcha y echamos una mano donde más se necesitaba. Registramos a los refugiados y les proporcionamos los artículos de higiene más necesarios. También acompañamos a los refugiados en sus visitas a las autoridades, les ayudamos a rellenar solicitudes y actuamos como traductores en inglés y francés. Llevamos a cabo muchas actividades sociales. Por ejemplo, ofrecimos cursos de inglés, hicimos una o dos excursiones al campo de fútbol cercano o enseñamos e interactuamos con los niños. Como paramédico, Silvan era el primer punto de contacto para los problemas de salud. Trataba heridas y casos no complicados o acompañaba a los enfermos al hospital o al dentista. Michaela creó vídeos promocionales para AMCA y se encargó de diversas tareas de recaudación de fondos y marketing. Como ambos pernoctábamos en el centro de refugiados, estábamos in situ 24 horas al día, 7 días a la semana. La gente sabía que podía acudir a nosotros con sus preocupaciones en cualquier momento.

Desde vuestra perspectiva de lo que habéis visto, ¿de dónde proceden y cómo describiríais las condiciones de los migrantes que llegan a la casa-refugio?

Durante el tiempo que estuvimos trabajando en Oluta, los refugiados procedían principalmente de Honduras, El Salvador, Guatemala y Venezuela. Sin embargo, también había gente de Afganistán, Cuba y unos pocos de países africanos. Muchos de los migrantes que llegaron al centro de refugiados estaban en malas condiciones mentales y físicas. Estaban afectados por el hambre, la violencia y la opresión antes y durante su huida. Casi todos ellos tienen como destino Estados Unidos. La ruta hasta allí es peligrosa. Las posibilidades de ser secuestrados por traficantes de personas o robados, maltratados o incluso asesinados por bandas son altas. Por eso, algunos llegan al centro de refugiados con lesiones físicas. Otros han contraído enfermedades durante el viaje. Los funcionarios corruptos casi siempre les han quitado dinero. A menudo les han robado sus pertenencias. A menudo ocurre que llegan al centro de refugiados sólo con lo que llevan encima.

¿Cuáles creéis que son los mayores desafíos que enfrentan los migrantes durante su travesía hacia USA y Canadá?

Muchos emigrantes se ven obligados a abandonar sus hogares a toda prisa debido a amenazas masivas o condiciones de vida peligrosas. Por eso sólo pueden llevar lo imprescindible y lo que pueden cargar. Como la mayoría de los inmigrantes proceden de entornos pobres, lo que tienen no es mucho. No tienen dinero para comprar un billete de autobús, y mucho menos un billete de avión. Por eso, gran parte del viaje lo hacen a pie. Los procedentes del continente sudamericano, por ejemplo, tienen que atravesar la selva en su huida. El mal equipamiento, el calzado inadecuado, la

escasez de agua y alimentos convierten el viaje por la selva en un calvario. Además, las bandas criminales están siempre al acecho para robar o secuestrar a los emigrantes.

La mayoría de los refugiados sueñan con una vida en Estados Unidos o Canadá. La idea de una vida así suele ser romántica. Algunos creen que allí es fácil y rápido ganar dinero. Para solicitar asilo en Estados Unidos hay que registrarse a través de una aplicación. Sin embargo, sólo se puede presentar una solicitud si ya se está cerca de la frontera estadounidense. Sin embargo, llegar hasta allí es difícil. Las autoridades mexicanas hacen todo lo posible para impedir que los migrantes lleguen al norte del país. Sin embargo, los que pueden pagar suficientes sobornos o los traficantes llegan más lejos. Los traficantes suelen secuestrar a los migrantes y luego extorsionan a sus familiares en Estados Unidos. La trata de seres humanos también está omnipresente, ya sea para el tráfico de órganos, los trabajos o la prostitución forzados.

¿Qué servicios, además de vuestro aporte, ofrecen a las personas migrantes el personal de la casa-refugio de Oluta?

El personal de la Casa del Migrante está muy comprometido y se entrega en cuerpo y alma a su trabajo. El ambiente en el centro de refugiados es tranquilo, la gente se siente segura y en buenas manos. La Casa del Migrante ofrece a las personas refugio, un kit de higiene a su llegada, una cama, tres comidas calientes al día, atención médica y psicológica y asesoramiento jurídico.

La mayoría de los refugiados que llegan a Oluta son detenidos por las autoridades de migración porque están en México ilegalmente. Se les distribuye a los centros de refugiados de los alrededores y se les registra. Con asesoramiento jurídico, se les informa de sus derechos y obligaciones. Para evitar ser deportados, deben solicitar asilo en México. Por término medio, tardan unos seis meses en recibir un permiso de residencia permanente. Mientras tanto, muchos refugiados se ponen a trabajar. Esto es posible pocas semanas después de presentar la solicitud. La Casa del Migrante apoya a las personas en su búsqueda de trabajo y puede organizar algunos empleos remunerados por organizaciones de ayuda.

Si se aprueba una solicitud de asilo, la persona puede circular por el Estado federal correspondiente al cabo de aproximadamente un mes. Muchos migrantes utilizan este permiso de residencia temporal para viajar más al norte.

¿Podrías compartir con los lectores alguna historia personal o familiar que os haya impactado?

El mismo día que nosotros, llegó de Guatemala una madre con sus cuatro hijos. Durante la cena, nos contó entre lágrimas por qué habían tenido que huir. En Guatemala, Candy tenía un trabajo y llevaba una vida modesta pero satisfecha. Por desgracia, Guatemala sigue teniendo grandes problemas con las bandas callejeras que luchan entre sí. Las bandas necesitan constantemente nuevos reclutas y no dudan en obligar a los jóvenes a unirse a ellas. Este es también el caso de sus dos hijos mayores, Enrique y Dylan. En el colegio les dijeron varias veces que los matarían si se negaban a unirse a la banda. Candy no tuvo más remedio que abandonar su casa de cabeza y adentrarse en un futuro completamente incierto.

Afortunadamente, la familia llegó ilesa a la Casa del Migrante. Candy fue directamente a trabajar para poder hacer los recados más básicos para sus cuatro hijos. Los chicos solían pasar todo el día en la Casa. Se encariñaron mucho con nosotros y nos ayudaron con todo tipo de tareas. Fue agradable ver que aquí están seguros.

Esperamos que Candy haya aguantado hasta recibir su permiso de residencia en México - desafortunadamente no hemos sabido nada más de ella.

¿Qué tipo de habilidades o recursos creéis que pueden ser útiles para brindar una mejor colaboración a una persona que vaya a realizar un voluntariado en un refugio para migrantes en Méjico?

Hemos comprobado que en la Casa Migrante puedes realizar una gran variedad de trabajos y tienes mucha libertad para llevar a cabo tus proyectos e ideas. Ser capaz de trabajar de forma independiente es esencial. El personal tiene mucho que hacer y, por lo tanto, tiene poco tiempo para presentarte o asignarte tareas. Debes ser capaz de contribuir de forma independiente y utilizar tus habilidades con sensatez. La motivación y la resistencia también son importantes. Si decides quedarte en la Casa, estarás constantemente rodeado de gente y tratando de resolver problemas. Esto puede ser duro, pero también muy gratificante. Siempre estás en diálogo con los inmigrantes, aprendes sus historias, haces amistades valiosas y experimentas a la gente de una manera muy privada.

En nuestra opinión, el aspecto más difícil es la capacidad de mantener la distancia y ser muy empático al mismo tiempo. Las historias y experiencias de la gente son trágicas. Pueden ser muy conmovedoras. Sin embargo, los problemas de los demás no deben convertirse en los propios. Una sana distancia evita la implicación personal, que imposibilita el trabajo profesional. No obstante, el trabajo requiere empatía y sensibilidad constantes, que no deben descuidarse bajo ningún concepto.

¿Qué opinas que se debería hacer a nivel local e internacional para abordar la situación de los migrantes en México?

Esta pregunta no es tan fácil de responder. La emigración "ilegal" es un gran negocio en el que mucha gente se enriquece. Son los más pobres entre los pobres los que más sufren. Mientras no cambien las condiciones de las personas en los países de origen, difícilmente se detendrá el flujo migratorio. Además de todo tipo de amenazas, no es la menor la pobreza extrema que empuja a la gente a huir.

Entre las posibles soluciones figuran los acuerdos multinacionales y las vías legales de migración. Hay una serie de ideas y planteamientos, pero muchos fracasan incluso antes de ponerse en práctica. La situación de los refugiados en Europa nos muestra a las puertas de casa que el tema es extremadamente complejo y que una solución tangible está muy lejos. Organizaciones como la Casa del Migrante contribuyen a proteger a las personas y a hacer un poco más llevadera su situación, a menudo difícil. Es poco probable que el trabajo se acabe pronto.

¿Qué mensaje os gustaría compartir con aquellas personas que no están familiarizadas con la realidad de los migrantes en México y en todo el mundo, basado en vuestra experiencia en la casa-refugio?

Muchas personas temen lo desconocido y desconfían de lo que les es ajeno. Los países occidentales han sido capaces de acumular grandes riquezas a lo largo de los siglos. A los ojos de muchos, esto se ve amenazado por la crisis mundial de refugiados. ¿Quién tiene derecho al asilo? La Secretaría de Estado para la Migración SEM estipula que las personas expuestas a graves desventajas en su país de origen a causa de su raza, religión, nacionalidad, pertenencia a un determinado grupo social o por sus opiniones políticas pueden solicitar asilo en Suiza. Si una persona está "meramente" amenazada por la pobreza o incluso la inanición, pertenece a la categoría de inmigrantes económicos, y será rechazada. La responsabilidad personal de una persona si su medio de vida ha sido destruido por jefes de Estado corruptos, la contaminación ambiental o la guerra es casi nula. Sin embargo, a mucha gente le cuesta empatizar con la situación de una persona afectada.

Por supuesto, también hay ovejas negras entre los emigrantes, como las hay en todas las sociedades. Pero, como decía Voltaire, "el hombre no nace malo". Sin embargo, las circunstancias pueden llevar a una persona a actuar mal. La cuestión es si esto sucede a propósito o por necesidad.

El hecho es que muchas personas luchan cada día por sobrevivir. Ser testigo del sufrimiento de estas personas sobre el terreno es una experiencia diferente que oír hablar de ello en las noticias, a un clic de cambiar al programa de cocina. Esto no significa que todo el mundo tenga que implicarse socialmente. Aunque sin duda esto podría ser muy beneficioso. Tampoco significa que debamos ir por el mundo con mala conciencia. Eso sólo favorecería los retortijones de estómago y la depresión. Tal vez le ayude ser un poco más consciente de su propia felicidad. Al fin y al cabo, tu propia situación no suele ser tan mala como la de los demás, ¿verdad? La gratitud es, por tanto, un valioso atributo que puede animarte a apoyar a quienes no lo están pasando tan bien. El mundo no es blanco o negro. Y nos pertenece a todos. Todos deberían tener la oportunidad de una vida mejor. Todos merecen dignidad y respeto. Quizá podríamos centrarnos menos en nosotros mismos y más en los demás. Esto nos llevaría sin duda a una mayor comprensión y tolerancia. Y estamos seguros de que tenemos que mejorar en esto. Simplemente siendo un poco más tolerantes.